

—¡División! ¡De frente! ¡Arma a discreción y paso de vencedores!

Y dando una irresistible carga a la bayoneta, sostenido por la caballería de Miller que acuchillaba sin piedad a los húsares de Fernando VII, sembró prontó el pánico en la división Monet.

Sospecho que también la historia tiene sus pudores de niña melindrosa. Ella no ha querido conservar la proclama del general Lara a la división del centro, proclama eminentemente cambrónica; pero la tradición no la ha olvidado, y yo, tradicionalista de oficio, quiero consignarla. Si pecco en ello, pecaré con Víctor Hugo; es decir, en buena compañía.

La malicia del lector adivinará los vocablos que debe substituir a los que yo estampo en letra bastardilla. Téngase en cuenta que la división Lara se componía de llaneros y gente cruda, a la que no era posible entusiasmar con palabritas de salón:

—¡Zambos del *espantajo!*—les gritó—. Al frente están los godos *puchueleros*. El que manda la batalla es Antonio José de Sucre que, como saben ustedes, no es ningún *cangrejo*. Conque así, apretarse los *calzones* y... ¡a ellos!

Y no dijo más, y ni Mirabeau habría sido más elocuente.

Y tan furiosa fué la arremetida sobre la división Villalobos, en la cual venía el virrey, que el batallón Vargas no sólo alcanzó a derrotar el centro enemigo, sino que tuvo tiempo para acudir en auxilio de La Mar, cuyos cuerpos empezaban a ceder terreno ante el bien disciplinado coraje de los soldados de Valdés.

Secundó a Vargas el regimiento húsares de Colombia, cuyo jefe, el coronel venezolano Laurencio Silva, cayó herido. Llevado al hospital y puesto un vendaje a la herida, preguntó al cirujano:

—Dígame, socio... ¿Cree usted que moriré de ésta?

—Lo que es morir me parece que no; pero tiene usted lo preciso para pasar algunos meses bien *divertido*.

—¡Ah! Pues si no muero de ésta, venga mi caballo, que todavía hay jarana para un cuarto de hora, y quiero estar en ella hasta el *conchito*.

Y con agilidad suma, sin escuchar las reflexiones de su amigo el cirujano, saltó sobre el caballo y volvió a meterse en lo recio del fuego.

¡Qué hombres, Cristo mío! ¡Qué hombres! Setenta minutos de batalla, casi toda cuerpo a cuerpo, empleando los patriotas el sable y la bayoneta más que el fusil, pues desde Corpagaico, donde perdieron el parque, se hallaban escasos de pólvora (cincuenta y dos cartuchos por plaza), bastaron para consumir la Independencia de América.

6

A las doce del día el virrey La Serna, ligeramente herido en la cabeza, se encontraba prisionero de los patriotas, y ¡lo que son las ironías del destino!, en ese mismo día, a esa misma hora, en Madrid, el rey don Fernando VII firmaba para La Serna el título de conde de los Andes.

La rivalidad entre Canterac, favorito del virrey y jefe de Estado Mayor de los españoles, y Valdés, el más valiente, honrado y entendido de los generales realistas, influyó algo para la derrota. El plan de batalla fué acordado sólo entre La Serna y Canterac, y al ponerlo en conocimiento de Valdés tres horas antes de iniciarse el combate, éste murmuró al oído del coronel del Cantabria, que era su íntimo amigo:

—¡Nos arreglaron los insurgentes! Ese plan de batalla han

de su acero, pronunciando a la vez sus inmortales palabras de mando. Varios pintores lo exhiben así en sus cuadros.

Ello quizá sea poético, y duélenos despoetizar la pintura; pero la verdad histórica nos obliga a decir que Córdova no lució ese día sombrero apuntado, sino un blanco jipijapa, y que estuvo muy lejos de herir al noble corcel que lo sustentara en varios combates, acción que habría revestido caracteres de crueldad y de ingratitud.

podido urdirlo dos frailes gilitos, pero no dos militares. Los enemigos nos habrán hecho flecos antes de que lleguemos a la falda del cerro, y aun superado este inconveniente, no nos dejarán formar línea ordenada de batalla. En fin, soldado soy, y mi obligación es ir sin chistar al matadero, y cumplir, como Dios me ayude, con mi rey y con mi patria.

—¿Qué hacer, mi general?—contestó el jefe del Cantabria estrechando la mano de su superior—. ¡Caro vamos a pagar las francesadas de Canterac!

Desbandada su división, que, en justicia sea dicho, se batió admirablemente, Valdés descabalgó y, sentándose sobre una piedra, dijo con estoicismo:

—Esta comedia se la llevó el demonio. ¡Canario! De aquí no me muevo, y aquí me matan.

Un grupo de sus soldados, de quienes era muy querido, lo tomó en peso y consiguió transportarlo algunas cuerdas fuera del campo.

A la caída del sol, Canterac firmaba la capitulación de Ayacucho, y tres días más tarde dirigía a Simón Bolívar esta carta, que acaso medio siglo después trajo a la memoria Napoleón III al rendirse prisionero en Sedán:

«Excelentísimo señor Libertador don Simón Bolívar: Como amante de la gloria, aunque vencido, no puede menos que felicitar a vuecelencia por haber terminado su empresa, en el Perú, con la jornada de Ayacucho. Con este motivo tiene el honor de ofrecerse a sus órdenes y saludarle, en nombre de los generales españoles, su afectísimo y obsecuente servidor que sus manos besa, JOSÉ DE CANTERAC. —Guamanga, a 12 de diciembre de 1824».

7

A las dos de la tarde, fatigado por la sangrienta al par que gloriosa faena del día, llegó el general Miller a la puerta de la tienda de Sucre, donde sólo encontró al leal asistente.

—Pancho—le dijo el alegre inglés—, dame un traguito de algo que refresque y un bocado para comer.

El asistente le contestó:

—Mi general, dispense usía si no le ofrezco otra cosa que lo mismo de ayer: un sorbo de aguardiente, pan, queso y raspadura.

—Hombre, guárdate la raspadura y traeme lo demás, que para raspadura basta con la que hemos dado a los godos.

RICARDO PALMA.

La agonía de Anatole France

BLOIS 7, (6.45 t.)—Viajando por la Turena, me he detenido en la Bechellerie, donde Anatole France muere dulcemente, sin romper el estilo de este paisaje tan francés. Es la temporada de castillos y de vendimias. La temperatura es tibia. Las suaves curvas de las colinas están agobiadas por la exhuberancia de los racimos. Los bosques ocultan la carnicería de la caza. De noche, en las aldeas, se percibe el olor de la uva y de las reses cobradas. Anatole France muere debilitado, dormitando. Su memoria—su fiel compañera—le trae momentos de lucidez y de ánimo, recordándole alguna frase bien ritmada, o alguna sentencia estoica. Su mujer, su nieto, que le velan, no tienen necesidad de distraerlo, cuando se da cuenta de su estado. Anatole France muere conforme fué toda la vida: lleno de cordura. El Loira está henchido con las primeras lluvias. Las primeras nubes del otoño ensombrecen el cielo de Turena.

CORPUS BARGA

(El Sol, Madrid).